

Pues no sin confusion y gran espanto  
Se divulgan las nuevas al momento :  
Comienza luego doloroso llanto  
Y un caos sin ningun orden ni tiento ,  
Y así la viril capa como manto  
Manifestaban tierno sentimiento ;  
Todos lamentan , cada cual se duele ,  
Sin haber de por medio quien consuele .

En blanquitos pechos hay destrozo ;  
Despedazábanse rubios cabellos ;  
Dolor quita la toca y el rebozo  
Que suelen encubrir cándidos cuellos ,  
Como si de la vida de aquel mozo  
Pendiera la salud de todos ellos ;  
Y así con mil renombres que le daban  
El padre de la patria le llamaban .

Flojos un poco los extremos tales ,  
Y el pueblo de su llanto mas quieto ,  
Determinaron hombres principales ,  
Reducidos á término discreto ,  
De le hacer honrosos funerales ,  
Los cuales se pusieron en efeto :  
Sacanse lutos , hácese gran gasto  
Para pompa cabal y mayor fasto .

Luego se congregó la clerecia  
Para solemnizar estos oficios ;  
Acude soldadesca compañía  
Con tristes ceremonias y ejercicios :  
Que del difunto cada cual había  
Recebido muy grandes beneficios ;  
Y así chico ni grande desta gente  
Dejó de se hallar allí presente .

Endurecido pecho se quebranta  
Llorando tan acerba desventura ;  
La música y el canto que se canta  
También representaba gran tristura ;  
Tumulo generoso se levanta ,  
Y no sin curiosa compostura ,  
En torno del retratos de la muerte  
Y letra que decia desta suerte :

Non Palomino habet tumulum quo morte quiescat ,  
Ast dignus magni laudibus ingenii :  
Nam si cuncta satis quae fecit gesta canuntur ,  
Hispanos inter grandis et esse potest .

No reposa Palomino  
En sepultura notoria ,  
Mas cierto fué varon dino  
Que levante su memoria  
Algun ingenio divino :  
Porque las cosas estrañas  
De sus hechos y hazañas,  
Dichas en particular,  
Bien pueden tener lugar  
Con buenos de las Españas .

Pues ya precipitó la falsa rueda  
La fuerza de virtud tan señalada ,  
Volvamos á Vadillo donde queda  
Robando y asolando la Ramada ,  
Donde sacó gran suma de moneda ,  
Y mas adentro fué con el armada ,  
Pues con guía que tuvo conveniente  
En el valle de Upar metió su gente .

Reposaron las gentes castellanias ,  
Por hallar abundantes las comidas ,  
Campos muy estendidos y zavasas  
De venados y puercos proveidas ,  
Y rios de las sierras comarcanas  
Con aguas en color esclarecidas ,  
Y todos estos rios abastados  
De grandes diferencias de pescados .

Tierra no de calores ni de frio  
Que con esceso no podais sufrillo ;  
Asentó ranchos luego par del rio  
Que de su nombre se llamó Vadillo ;  
Y de Fernán Bermejo por su brio  
Fingióse ser grandísimo carillo ,  
Aunque con él estaba muy mohino  
Por ser siempre parcial á Palomino .

Este corrió las sierras y los llanos ,  
Por ser gran adalid á maravilla ,  
Prendió muchos caciques comarcanos  
Que dieron harto para la vajilla ;  
Fué cebando Vadillo bien las manos  
Hasta llegar al rio Carrancilla ,  
Dicho Guataporí por otro nombre ,  
Y el otro por morir allí tal hombre .

Corren bajos y altos de la sierra  
Prendiendo y rescatando muchos reyes :  
Muchos vienen de paz y hallan guerra  
Contra divinas y aun humanas leyes ;  
Prosiguen adelante por la tierra  
Hasta venir á dar á Pacabueyes ,  
Donde hallaron pueblos prepotentes ,  
Hombres desnudos , pero ricas gentes .

Argollones y joyas muy mejores  
En ley que las demas deste camino ;  
Ansimismo tenían atambores  
Aforrados en hoja de oro fino ,  
Grandes culturas , ricos labradores ,  
Templos dicados al honor divino ,  
Segun su parecer y testimonio ,  
Mas eran engañados del demonio .

Metió Vadillo pues hasta los codos  
Las manos , y los de su compañía  
Procuraban por los posibles modos  
Absconder cada cual lo que podía ,  
Reconociendo dél que lo de todos  
Para sí solamente lo queria ;  
Y así con su riqueza , que fué harta ,  
Determinó volver á Santa Marta .

De los términos sale deste suelo ,  
Debajo del ya dicho presupuesto ,  
Y segun se decia , con recelo  
De que vernia con el cargo puesto  
De Castilla gobernador novelo  
Que le pidiese larga cuenta desto ;  
Y porirse con mando como vino  
Abrevió lo posible su camino .

Vió las ondas del mar con su cuadrilla ,  
Habiendo recogido buena pella :  
Entraron todos pues en esta villa  
Después un año que salieron della .  
Ocasiones buscaba de rencilla  
Vadillo , sin tener justa querella ,  
Y así quiso por el enojo viejo  
Poner prisiones á Fernán Bermejo .

El cual , certificado del intento ,  
Al templo se retrajo bien armado ,  
Engañado del falso pensamiento  
Y de muchos amigos confiado ;  
Mas el Vadillo dió su mandamiento  
Para sacallo del lugar sagrado ,  
Y así Pedro de Heredia su teniente  
Lo sacó convocando mucha gente .

Luego , sin aflojar el interese ,  
Era Fernán Bermejo maltratado  
Con diversos tormentos , porque diese  
Todo lo que traía rancheado ;  
Respóndele : « No tengo que confiese ,  
Porque vos lo tenéis á buen recado ,  
Yo os entregué cuanto me dio fortuna ,  
Tomando para mí cosa ninguna . »

Y no se contentó con desmembrallo ,  
Sino que concibió peor motivo ,  
Teniendo por mejor el acaballo  
Porque no hable , que dejallo vivo :  
Fueron pues los efectos ahorcallo ,  
Rigor que pareció ser excesivo ,  
Contra derecho y á razon contrario ,  
Y mas siendo varon tan necesario .

Contar sus desatinos y pasiones  
Seria trabajosos labirinto ,  
Y á vueltas de cien mil murmuraciones ,  
Que particularmente yo no pinto ,  
Decian que hacia fundiciones  
Dentro de casa sin pagar el quinto ;  
Murmuraban también los oficiales  
A cuyo cargo son rentas reales .

El uno de los cuales fué Grajeda ,  
Varon del hábito de Santiago ,  
Al cual con los demás también enreda  
Con falsedades por le dar el pago ,  
Y así pasó con otros por la rueda  
De la garucha dura sin halago ,  
Sin valelle razon ni hidalguia ,  
Ni el autoridad grande que tenia .

Otros muchos pagaron el escote ,  
Segun á su cruel condicion plugo ,  
Con publico pregon y con azote  
Librado de la mano del verdugo ;  
Y hizo dar á dos ó tres garrote ,  
Otros buyeron del pesado yugo ,  
A lo menos aquel que fué contino  
En fe y en amistad á Palomino .

Habia ya venido por prelado  
Un fray Tomás Ortiz , dominicano ,  
Docto varon y bien intencionado ,  
El cual viendo su término tirano  
Procuró por un orden moderado  
Ile por todas vias á la mano ,  
Diciéndole ser ya Lerma vecino ,  
Porque los dos venian un camino .

Ya temeroso de su desconcierto ,  
Por no ver ocupar otro su silla ,  
Ante quien le pidiesen el gran tuerto  
De los insultos hechos en la villa ,  
Determinó salir del dicho puerto ,  
Y así se fué la vuelta de Castilla ,  
Dentro de pipas de agua su provecho ,  
Por mas disimular el hurto hecho .

Mas como se ganó con falsa maña ,  
Por malas vias , por inicu modo ,  
En las arenas gordas , en España ,  
Aquel rico caudal se perdió todo  
Dentro de las riberas que el mar baña ,  
Y el Vadillo quedó puesto del lodo  
En otra carabela diferente ,  
Do se escapó de aquel inconveniente .

No le quedó caudal para que pueda  
Solapar su maldad y atrevimiento ,  
Pues suele muchas veces la moneda  
Ser de delitos gran medicamento :  
El comendador pues dicho Grajeda  
Luego partió tras él en seguimiento :  
Trájole la persona tan corrida  
Que con prisiones acabó la vida .

Aqueste fué su fin bien merecido ,  
Y aun ayudáronle segun entiendo ,  
Y pues con él habemos concluido ,  
Y Lerma llega ya con gran estruendo ,  
Quiero dejar pasar este ruido  
De trompas que los aires van rompiendo :  
Notemos el entrada , y entre tanto  
Daremos orden al segundo canto .

## CANTO SEGUNDO.

Donde se trata de la llegada de García de Lerma á Santa Marta , el gran fausto y pompa que trajo , con otras cosas dignas de escriptura .

No pocas veces hace harto daño  
Al que de nuevo viene por regente ,  
Del modo del gobierno ser estraño  
Y querer regularlo por su frente ,  
Pudiendo libertarse del engaño  
Siendo su desengaño ya presente ;  
Mas muchos destos hay tan obstinados  
Que no consenten ser desengañados .

Y á mí paréceme que menos yerra  
Quien reconoce tractos diferentes  
De los quél sabe , para paz ó guerra ,  
Si se va por do fueron otras gentes  
Que para gobernar aquella tierra  
Previnieron á los inconvenientes ,  
Conociéndolos ya por esperiencia ,  
Y rehuyendo dellos con prudencia .

Pues para que se hagan sufrideros  
Trabajos insufribles de pesados ,  
Mas saben todavía los primeros ,  
Como hombres mas rompidos y cursados ;  
Y así suelen decir que los arteros  
Se hacen de los bien escarmentados ,  
Y aun primero que hagan esta prueba  
Ha perecido harta gente nueva

Al fin el uso hace gente diestra  
Y á los futuros trances advertida ,  
Porque necesidad , como maestra ,  
Aconseja que cada cual se mida  
Con el posible que la tierra muestra ,  
Sin fausto que le haga dar caída :  
Que gran confusion es para los buenos  
Por se poner en mas venir á menos .

Y así los capitanes atrasados ,  
Aunque fueron primeros en el pasto ,  
Vivian recogidos y atentados  
En su casa , familia y en su gasto ,  
Por no se ver después menoscabados ;  
Pero Lerma traía tan gran fasto ,  
Como si fueran infalibles cuentas  
Haberse prometido grandes rentas .

Cumplidos eran pues los tres quinientos  
Con otros veinte y ocho de la era ,  
Cuando con sus soldados ochocientos  
Vido de Santa Marta la ribera :  
Todos traen costosos ornamentos ,  
Bizarros y follones ; salen fuera  
Calzas , jubones , varios en colores ,  
Y cueros de grandísimos primores .

Los casados con capas y con sayos ,  
Ricamente vestidas sus zagalas ,  
Hacen reverberar solares rayos  
Los plumajes con puntas y otras galas ;  
Orden luengo de pajes y lacayos ,  
Mayordomos , trinchantes , maestresalas ,  
Con todos los restantes oficiales  
Que tienen los señores principales .

Pensaban viejos , viejas , mozos , mozas ,  
Ser poblacion de ricos aposentos ;  
Y como vian hechas ciertas rozas  
Que desmontaron para los asientos ,  
Y en ellos poco mas de treinta chozas  
Comunes á las aguas y á los vientos :  
Imaginaban ser mas adelante  
Otro lugar que fuese muy pujante .

Mas como los remates y los dejos  
De su viaje fueron de manera  
Que sin se divertir mas á lo lejos  
Los hacen alojar en la ribera ,  
Quedaron muy confusos y perplejos ,  
Viendo que la ciudad aquello era ,  
Do para descansar miembros humanos  
Han de hacer los ranchos por sus manos .

Luego Lerma saltó con sus gentiles  
Hombres y las personas mas acetas ,  
Con otras invenciones mas sutiles ,  
Mas ricas , mas costosas , mas perfetas :  
Suenan altos y bajos ministriles ,  
Húndese la ribera con trompetas :  
Un dia de juicio parecia  
A nuestra baquiana compañía .

Los cuales , como ven tanta devisa ,  
Tantas y tan costosas invenciones ,  
Estando los mas dellos sin camisa ,  
Y apenas camisetas y calzones ,  
No podian disimular la risa ,  
Hablando con algunos chapetones ,  
Y cuando baquianos se topaban ,  
Cocando desta suerte murmuraban :

« ¿ Qué debe de comer aquel de sopas  
Que trae los carrillos temblader os ? »  
Otro dice : « Descargarán las popas ,  
Quedarán los navios mas lijeros . »  
Otro decía : « Para guardar ropas  
Han de servir de cajas los gargueros ,  
Pues fallando racion del que gobierna  
Las han de rematar en la taberna . »

« Gallardísimos van amos y pajes ,  
Derechas y bien puestas las braguetas ,  
Acabaránse los matalotajes ,  
El lujo de picheles y limetas ,  
Vereis después caidos los plumajes ,  
Callar las cherimias y trompetas ,  
Pues para remojar el intestino  
Agua delgada servirá de vino . »

«Vos vereis antes que la Pascua venga  
Mozos en cantidad y pajes horros,  
Porque los amos con la hambre luenga  
Irá a mariscar por esos morros,  
Y les dirán: Buscá quien os mantenga,  
Que ya no es tiempo de criar cachorros,  
Ni mis dientes consienten decir toma,  
Sino que cada puta hile y coma.»

Aqueste pasatiempo se tenía  
Entre personas necias y aun discretas  
De los antiguos desta compañía,  
Gente de solamente camisetas;  
Y mucho mas al tiempo que comía  
Lerma con cherimias y trompetas,  
Riquísimo repuesto, muchas sillas  
Y ostentaciones grandes de vajillas.

Juzgaba por ventura que le toca  
Y le cumple lo tal en su comarca,  
Pues era gentil-hombre de la boca  
Del César, invictísimo monarca:  
Su hacienda gastó, que no fué poca,  
Sin reservar dineros en el arca,  
No por lo ya sabido destas sierras,  
Sino con esperanza de otras tierras.

Por ser gobernacion muy ampliada,  
Y aunque por asperezas insufrible,  
Esperaban que siendo mas calada  
La hallarian ser mas apacible;  
Y así vino con el gente granada,  
Dejando sus haciendas y posible:  
Algunos nombraremos en la historia,  
Y agora los que diere la memoria.

Pedro de Lerma, mozo cuyo brio  
De rayas igualaba la mas alta,  
Escobar, Villalobos y Berrio,  
Juan de Montemayor, Muñoz, Peralta,  
Fernando de la Feria, que yo fio  
Que para capitán no tuvo falta,  
Ansimismo Francisco de Arbolancha,  
Cuyo valor tampoco tuvo mancha.

Lorenzo de las Casas y el de Aldana,  
Que después en Pirú tuvo gran mano,  
Céspedes y Fernando de Santana,  
Y Anton Santana, su menor hermano,  
Un Pedro de Sanlúcar, un Lizana,  
Bueso, Juan de Ribera, Juan Toscano,  
Con otros valerosos, de los cuales  
A tiempos nombraré los principales.

Entonces pues do quiera que se vaya  
Estaba toda la ribera llena:  
El costoso jubon, la rica saya,  
Tendidos por descanso de su pena  
De noche por aquella santa playa,  
Sirviendo de colchones el arena,  
Hasta que ya hicieron pobres ranchos,  
No tampoco pulidos ni muy anchos.

Después que reposaron algun día,  
Faltó racion de castellanos trigos,  
Y luego se cumplió la profecía  
Que les pronosticaron los antiguos,  
Porque la gente toda perecia,  
Y andaban muchos pobres y mendigos,  
Tanto que muchos de los mas gentiles  
Los vian abatir á cosas viles.

Reconociendo los inconvenientes  
Que nacia de las necesidades,  
Y cómo ya caian muchas gentes  
Con pesadimas enfermedades,  
Dejando quien curase los dolientes,  
Que fueron no pequeñas cantidades,  
Determinó de visitar la tierra,  
Pues estaba de paz y no de guerra.

Porque los bárbaros desta frontera,  
Con los ancones del compás marino  
Sustentaban la paz de la manera  
Que les mandó Rodrigo Palomino,  
Cuyo valor entre los indios era  
Tenido por no menos que divino;  
Y así Lerma queria por presencia  
Hacer ostentacion de su potencia.

Pareciéndole bien estos intentos  
A la gente que estaba descontenta,  
Aprestando guerreros ornamentos  
Cada cual á la lista se presenta:  
Juntáronse soldados cuatrocientos,  
Y fueron de caballo los ochenta;  
Con ellos y con gran fausto que saca  
Se fué Lerma la vuelta de Guachaca.

Allí llegó con orden diferente  
De los pretéritos gobernadores,  
Cama de campo, silla de gran frente,  
Rica vajilla, muchos servidores;  
Con Betanzos, gran lengua desta gente,  
Llamaba los caciques y señores,  
De los cuales algunos acudian,  
Y otros con un «no quiero» respondian.

Muchos dellos también hacian fieros,  
Y así Lerma por atemorizallos  
Envío cantidad de macheteros,  
En cuyas manos no faltaban callos,  
Para hacer por ásperos oteros  
Camino por do fuesen los caballos,  
Que iban con grandisimos trabajos  
Sirviendo solamente de espantajos;

Pues si supieran lo que de presente,  
Que reconocen bien usos y modos,  
Sin poder defendellos nuestra gente,  
En asperas quebradas y recodos  
Pudieran estos indios facilmente  
Hacer que los perdieran alli todos,  
Porque la sierra es tan salebrosa  
Que no se vido semejante cosa.

Al fin se mandan ellos por escalas,  
Que desechadas con algun relance  
Todas las otras partes de muy malas,  
Siempre prometen peligroso trance,  
Y son bien menester ligeras alas  
Para dar á los indios un alcance,  
Que corren á su salvo por la cumbre  
Dando sin recebilla pesadumbre.

Y agora sin guerreros movimientos,  
Siendo gente de suyo muy sangrienta,  
Solamente quitaban alimentos,  
Sin perseguir la nuestra macilenta,  
Los cuales, segun iban de hambrientos,  
Pudieran padecer mortal afrenta,  
Mas gran ruido va por los altores  
De flautas, de cornetas y tambores.

Viendo la gente bárbara revuelta  
Y en grandes confusiones y alboroto,  
Por medio de la sierra dan la vuelta  
En todo defraudados de su voto:  
Llegan caballos y la gente suelta  
Donde llaman alli valle de Coto,  
Seis leguas poco mas de Santa Marta,  
Donde volvieron con congoja harta.

Porque nunca, después que se corria  
La tierra por aquella circunstancia,  
Nadie hizo jornada tan baldia  
Ni camino de menos importancia,  
Pues del remedio que se pretendia  
Fué menos que ninguna la ganancia;  
Y así los pobres y necesitados  
Se volvieron mas pobres y cansados.

Grande murmuracion invalecia  
En se volver á Santa Marta luego,  
Porque necesidad los compelia  
A no tener alli mucho sosiego;  
Y así para salir por otra via  
Al Lerma combatia comun ruego,  
Al cual le pareció ser conveniente  
Entrar en Pocigueyca con su gente.

A causa de tener ya relaciones  
De los antiguos con quien el pratica,  
Ser aquellas insignes poblaciones,  
Y así mismo la gente dellas rica,  
Demás desto tenían ocasiones  
Por paz, cuyo principio certifica  
La ciénaga que ciñe su frontera,  
Porque ya sustentaba paz sincera.

Y á todos parecia buen empuzo  
Para poder entrar en su terreno,  
Querierles allanar el estrompiezo  
Primero, los vecinos deste seno:  
También su principal, dicho Tocuezo,  
Se profirió traellos á lo bueno,  
Debajo cuyas prendas y promesa  
Para llegar allá se dieron priesa.

Salieron cuatrocientos escogidos,  
Serian de caballo mas de ciento,  
Del seco pan de yuca proveidos,  
Que fué lo principal de su sustento:  
Que los trabajos antes padecidos  
Pusieron á los mas en escarmiento,  
Y es el cazabi pan que si se moja  
De toda su substancia se despoja.

Pues el alforja siendo remojada  
Por ciénagas ó lluvias ó creciente,  
Quien piensa llevar algo lleva nada,  
Y puede ver comer y estar á diente;  
Y quien lo come tenga preparada  
Bebida con que pase buenamente,  
Pues si se retardasen los bocados  
Podriase burlar los convidados.

Llevaba Lerma pues sus fuerzas todas,  
Vajillas y larguissimos repuestos,  
Como si fueran á solemnes bodas  
Y no para peligros manifiestos:  
Van azadones, barras, van escodas  
Para hacelle llanos los recuestos;  
Ya Tocuezo también muy diligente  
Para llamar de paz aquella gente.

Llegaron á las faldas de la sierra  
Donde tenían muchas sementeras;  
Pobladísima ven toda la tierra,  
Insuperables todas las laderas;  
Mándanse ya de paz ó ya de guerra  
Por enhiestas y largas escaleras  
De grandes lajas puestas de buen arte,  
Por no poder subir por otra parte.

Subió Tocuezo la cercana loma  
Llamando los propinuos moradores:  
Sobresaltáronse, mas él los doma  
Y hizo que perdiesen los temores;  
Salió luego de paz su gran naoma  
Con algunos caciques y señores;  
Lerma los recibió con buena maña  
Dándoles cosas hechas en España.

Subieron pues al pueblo mas cercano,  
Que de gran cantidad de casas era  
Por orden repartidas en un llano  
O hoya bien así como caldera,  
A causa de tener á cada mano  
Muy alta y asperísima ladera:  
Hay en torno labranzas y frutales,  
Regalos grandes destos naturales.

Desampararon indios el asiento,  
O por ir á lugares mas seguros,  
O porque de su proprio nacimiento  
Son todos intractables y hombres duros:  
Cada cual escogió buen aposento,  
Y sin adivinar males futuros  
Usaba Lerma siempre de sus pompas  
Con son de cheremias y de trompas.

Esperimentó luego rica silla  
La majestad de Lerma cuánto pesa:  
Ostenta repostero la vajilla,  
Los pajes diligentes ponen mesa;  
Mas no ternia yo por maravilla  
Los bárbaros hacer en todo presa,  
Viendo la destruccion y destemplanzas  
En sus casas, frutales y labranzas.

Y así los indios por las demasias  
Ajenas de su poco sufrimiento,  
Se detuvieron mas de treinta dias  
Sin acudir con reconocimiento;  
Pero salieron ciertas compañías  
A quien el Lerma dió su mandamiento  
Para que los caciques vengan luego,  
O donde no, sus casas quemé fuego.

Iba por capitán Juan de Berrio,  
Varon cuya virtud fué muy entera,  
Y con él cien soldados de buen brio,  
Como Mateo Sanchez y Ribera,  
Fernando de Santana, Juan del Rio,  
Anton Martinez, Pedro de Herrera,  
Y otros algunos, gente conocida,  
Que hasta hoy alguno tiene vida.

Suben con el valor que convenia  
Como dos ó tres leguas de distancia;  
Llaman de paz aquella compañía  
Que hallaban por esta circunstancia,  
Tocuezo les habló lo que sabia  
Ser para su quietud de mas substancia;  
Mas ellos ya dispuestos á la guerra  
Le responden que salgan de su tierra.

Juntamente por muchos se comienza  
Un no sé qué de mal comedimiento:  
Los nuestros viendo tanta desvergüenza  
A fin de los poner en escarmiento,  
Quebrantaron los hilos de la trenza  
Que solia tejer buen sufrimiento;  
Y así subieron por aquellas cuestas  
A punto las rodellas y ballestas.

Era de tal altor esta frontera,  
Que para la subir, forzosamente  
Habian de pasar por escalera,  
Donde no vian defensor patente:  
El Berrio llevó la delantera,  
Y todos van con brio diligente;  
Mas parecieron luego tantas manos  
Que hacen reparar á los cristianos.

Y si para subir se daban priesa,  
Para bajar no tienen menos ganas,  
Porque sobrellos llueve muy espesa  
Aguda flecha, golpe de macana,  
Piedra de todas partes, que no cesa  
De lastimar la gente castellana:  
Unos saltaban dos, tres escalones,  
Otros bajando van á trompicones.

Bien como cuando carga mucha gente  
A ver algunas fiestas en tablado,  
Que se quiebran las vigas de repente  
Y unos sobre otros van mal de su grado,  
Este se quiebra pié y aquel la frente  
Otro de piés ajenos es hollado,  
Y el que pudo saltar mas y primero,  
Ese libró mejor si fué ligero:

Así también la misma pesadumbre  
Tuvieron los soldados deste bando,  
Pues cuando vieron tanta muchedumbre  
Que venia sobrellos descargando,  
A su pesar bajaron de la cumbre  
Unos sobre los otros tropicando,  
Y el que saltar podia por encima  
Ese se tuvo por de mas estima.

Tiénesse por rüin el mas tardio,  
Por de mayor valor el menos flojo,  
Por seguro quien hace mas desvío,  
Quien huye por valiente y ortodojo:  
A muchos hieren, hieren á Berrio,  
De tal suerte que siempre quedó cojo;  
Y aun fué bien venturosa la herida,  
Pues no fué perdidoso de la vida.

Porque del número de los heridos  
Escaparon muy pocos ó ningunos,  
Y á ser con mas instancia perseguidos,  
No volvieran de males tan ayunos;  
Mas con vellos los indios divertidos,  
No curaron de ser mas importunos,  
Satisfaciéndose con lo ya hecho  
Y con manifestalles su mal pecho.

Pues indios que tenían un cabezo  
Y estaban á la parte mas cercana,  
A voces dicen: «Húyete, Tocuezo,  
Si no quieres morir muerte temprana,  
Porque te torceremos el pescuezo  
Si acaso te halláremos mañana;  
Y á Lerma dirás luego que se salga,  
Si hallare guarida que le valga.»

El amenaza que se le hacia  
Por sus propios amigos y parientes,  
Solamente Tocuezo percibia,  
Y dió declaracion á muchas gentes.  
Berrio recogió su compania,  
Así los sanos como los dolientes,  
Y con gran priesa bajan la ladera  
Hasta llegar do Lerma los espera.

El cual de ver negocio tan confuso  
Mostró gran sinsabor y sentimiento;  
La venganza del hecho se propuso,  
Segun pedia tal atrevimiento,  
Sin creer á la gente de mas uso,  
Que por ventura fué su perdimiento:  
También Tocuezo dijo ser aviso  
Salirse luego Lerma, mas no quiso.

Antes al indio dijo que volviere,  
Pues era de cristianos tan amigo,  
Y á todos los caciques les dijere  
Que lo tuviesen ya por enemigo,  
Porque verian antes que saliere  
Un mas que crudelísimo castigo,  
Y hasta lo mas alto de la sierra  
Había de quemar toda la tierra.

El indio, no queriendo dalles cebo  
Y ser mejor vivir á mira y anda,  
Le respondió: «Yo hice lo que debo  
Para tornar aquesta gente blanda;  
Mas agora no puedo, ni me atrevo  
A les notificar esa demanda,  
Porque descargarán unos y otros  
En mí lo que desean en vosotros.

Y si tenéis acaso presupuesto  
De ir á castigar estos salvajes,  
No sudes en subir algun recuesto,  
Pues, sin que tú los busques ni trabajes,  
Yo sé que te vernán á buscar presto,  
Cargados de macanas y carcajes;  
Mas yo no quiero ver tan mala cosa,  
Sino poner los pies en polvorosa.»

Lerma dijo: «Podrás estar seguro  
Que no querrán tomar tan mal consejo.  
Pero Tocuezo como ya maduro  
Y con las esperiencias de hombre viejo,  
La tierra ya cubierta con obscuro,  
Arrebató las armas del conejo,  
Teniendo por mejor salto de mata,  
Que la seguridad de que se trata.

Ido Tocuezo, luego se procura  
Velar por el compás á la redonda,  
Y á causa de la noche ser obscura  
Peones y caballos hacen ronda,  
Con la solicitud del que segura  
Quiere hacer su nave con la sonda,  
A fin de descubrir aquel engaño  
De donde le podría venir daño.

Y al tiempo ya que la nevada cumbre  
Sus candidos colores descubria,  
Tocados y heridos de la lumbre  
Quel hijo de Latona les envia,  
Apartada la ciega pesadumbre  
Con la presencia del presente dia,  
Dejan los que dormian sus cubiles  
Al son de sonoros ministriles.

También del soporífero sosiego  
El conñado Lerma se levanta:  
De sus ropas le hacen el entrego  
Desde los altos hombros á la planta;  
Un capellan le dijo misa luego,  
Y no mucho después también ayanta  
Con vajilla de plata bien labrada  
Y con la majestad acostumbrada.

Y al tiempo que se hacen ya pequeñas  
Las sombras todas de los vegetales,  
Y huyen del calor á frescas breñas  
Los unos y los otros animales,  
Parecieron por riscos y altas peñas  
Inmensa cantidad de naturales,  
Con tales gritas, voces y gobierno,  
Que parecian furias del infierno.

Bien como lo que cuentan del ruido  
De ciertos montes septentrionales,  
Que no lo puede comportar oído  
De todos cuantos hay de los mortales,  
Antes con tanta voz, tanto bramido  
Han perecido gentes principales:  
Así también aqui se desatina  
El español con grita tan continua.

Porque las gentes á furor subyetas  
Se convocan, animan y se llaman,  
Tocando sobre mas de mil cornetas  
Que parece tocándolas que braman:  
Innumerable copia de saetas  
Por una y otra parte se derraman,  
Galgas lapideas, infinito canto,  
Que al mas fuerte causaban gran espanto.

No falta gran ruido de atambores  
Que tocaban en una y otra loma,  
Con los pesados gritos y clamores  
Que suelen los secuaces de Mahoma:  
Quince caciques son, grandes señores,  
Subyectos á los mandos del naoma.  
Llamado, segun dicen, Marocando,  
Sus gentes cada cual acaudillando.

Serian mas de veinte mil salvajes  
Inflados con guerreras apostemas,  
Y con aquellas furias y corajes  
De gentes renegadas y blasfemas:  
Menéase gran suma de plumajes,  
Ricas coronas, lucias diademas,  
Resplandecientes pechos y chaguales,  
Lucidos brazaletes y otras galas.

No venian con orden mal digesto,  
Sino con un compás bien concertado,  
Acomodado cada cual al puesto  
Que por su capitán fué señalado,  
Sin que las asperezas del recuesto  
Efecto haga desproporcionado,  
Porque venian estas gentes juntas  
En dos prolizas alas ó dos puntas.

El un cacique, dicho Macopira,  
Gobierna con Macopes el un ala;  
No con menos furor ni menos ira,  
A la siniestra va Toronomala;  
En este mismo puesto Doromira,  
El cual en gran destreza les iguala,  
Y Marocando, principal regente,  
Va con otros caciques en la frente.

Guiando van así los escuadrones  
Por recoger en medio los cristianos,  
Entre los cuales hay disposiciones  
Mas para sueltos pies que para manos  
Pues no menores son sus turbaciones  
Que de confusa junta de villanos;  
Y así para guardar la dulce vida  
Piensan que su salud es la huida.

A gran priesa pidió Lerma Polanco  
Arnés escogidísimo que lleva,  
Queriéndose con él armar en blanco  
De lo superior hasta la greva;  
Mas bien pudieran dalle toque franco  
Los indios, si hicieran en el prueba,  
Porque para la guerra destas gentes  
Las tales armas son impertinentes.

También las asperezas de la sierra  
Para caballos son inaccesibles:  
Hay muchos aguaceros en la tierra,  
Y en ella los calores insufribles;  
A venenosas flechas desta guerra  
Menos parecen armas invencibles,  
Pues por poco que quede descubierto  
Por allí sin errar puede ser muerto.

Y así para las tales ocasiones  
Son mas acomodados y lijeros  
Los sayos estofados de algodones  
Que usan baquianos compañeros,  
Y sirven en las noches de colchones:  
Son defensa de grandes aguaceros;  
Si durmiendo rebato lo recuerda  
Vestida tiene ya la mano izquierda.

No se turba tomándolo dormido,  
Por ya tener allí sin que se mude  
Con que poder salir apercibido,  
Y á la mano halló con que se escude,  
De sus industrias propias socorrido,  
No con mozo ni paje que le ayude,  
Segun agora Lerma, y aun no puede,  
Porque ningún lugar se le concede.

A causa de llegar el terremoto  
De flechas que no van sin yerba fina,  
Y tan grande la grita y alboroto  
Quel buen gobernador se desatina;  
Y así sin esperar ajeno voto  
Aprieta las espuelas y camina:  
Siguiólo mucha gente de caballo  
Tomando por achaque no dejallo.

El peon, que no puede mas, espera  
Y al impetu terrible que venia  
Hizo rostro la gente mas guerrera  
Con el mejor concierto que podia:  
Juan de Céspedes y Juan de Ribera,  
Un Pedro de Sanlúcar, un Mejía,  
Fernando de Santana, Anton de Palma,  
Queriéndola ganar, ó dar el alma.

Ejercitanse bien ambas escuelas,  
Cada cual segun uso de su Marte;  
No duermen las espadas y rodela,  
Las macanas se juegan de buen arte,  
Derribanse narices, dientes, muelas,  
Mortales golpes hay de cada parte:  
Unos caen los cascos ya deshechos,  
Otros rotos los vientres y los pechos.

Un gentil indio viene dando carga,  
Que gran estrago por los nuestros hizo:  
Era de nariz corva, barba larga,  
Y tal que se creia ser mestizo;  
Todo por donde va lo desembarga  
Por poderse hacer encontradizo  
Con Pedro de Sanlúcar, cuya espada  
Mas que las otras era señalada.

Luego como llegó donde desea,  
Juega la pesadísima macana;  
Como lijero tigre se menea  
A vista de la gente castellana:  
Comiéñzase la singular pelea,  
A la cual el Sanlúcar fué de gana;  
Los golpes insufribles del desando  
Atormentan el brazo del escudo.

Queriendo segundar el indio fiero,  
El Sanlúcar, al tiempo del amago,  
El cuerpo le hurtó como lijero:  
Dió la macana del gandul en vago;  
Llegó luego la mano del acero  
Para que no se vaya sin su pago,  
Y antes que le pusiesen embarazos  
Le llevó de revés entrambos brazos.

Puestos en el hervor desta porfia,  
Que ya contra los nuestros iba prona,  
Un vizcaino, Sancho de Murguía,  
Procuró de tomar una corona  
De cierto principal, á quien habia  
Muerto con gran valor de su persona:  
Tomóla, mas teniéndola cogida  
Dejóla juntamente con la vida.

Desque Murguía dió postrer aliento,  
Con muerte casugada su demencia,  
Cargó tan invencible movimiento  
Que fué flaca cristiana resistencia;  
Y de los españoles mas de ciento  
Del humano vivir hacen ausencia:  
El resto no pudiendo defenderse,  
Tuvo por buen consejo retraerse.

Mas el alférez dicho Benavides,  
No sé si por quitar algun despojo,  
Se quiso señalar en estas lides  
Con golpes llenos de mortal enojo;  
Pero poco duraron sus ardidés,  
Por acertalle flecha por un ojo:  
Perdió la luz, y fué por la herida  
El ánima del cuerpo despedida.

Aparejóse para la venganza  
Un hombre de caballo poco diestro:  
Contraria le salió su confianza,  
Y el hado que la dió le fué siniestro,  
Porque Marcopes le tomó la lanza,  
Asiendo muchos indios del cabestro,  
Y tantos apuntaron al terrero,  
Quel caballo murió y el caballero.

Y sin soltar la lanza de las manos  
Marcopes ocupó cierto camino  
Angosto, por do huyen piés livianos  
De los que temen este torbellino,  
Y con ella mató cuatro cristianos,  
Y muchos mas matará, pero vino  
Pablo Fernandez en aquel instante,  
Poniendo la rodela por delante.

Marcopes usa de su destemplanza;  
Pero fuéle la punta rebatida,  
Y al tiempo que de veras se abalanza,  
El asta mas compuesta y estendida,  
Pablo Fernandez le ganó la lanza  
Y juntamente le quitó la vida:  
Y así se libertó del detrimento  
Y á muchos que le van en seguimiento.

Muñoz y Juan Gutierrez y Zavallos,  
Procurando llegar á tierra llana  
E yendo todos tres en sus caballos,  
Topan á Delgadillo y á Santana  
En grande confusion, y por librallos  
De la muerte que al ojo ven cercana,  
Como personas comidas, francas,  
Los dos peones toman á las ancas.

Mas antes de pasar los reventones  
Por adonde pasaron los primeros,  
Llegaron otros nuevos escuadrones  
Que mataron aquestos caballeros  
Y los caballos, mas los dos peones,  
Escaparon allí por ser lijeros:  
Así lo cuenta como yo lo escribo  
El Anton de Santana, que es hoy vivo.

Céspedes y Fernando de Santana  
Y Pedro de Sanlúcar y otra gente  
Que por acá llamamos baquiana,  
Recogen los que pueden buenamente  
De la recién venida castellana,  
Cuya salud está dellos pendiente;  
E ya haciendo rostro, ya huyendo,  
Se fueron á la playa retrayendo.

Finalmente, de sanos y heridos  
Formaron escuadron por tal concierto,  
Que nunca mas pudieron ser rompidos,  
Menos alguno destes quedó muerto,  
Con pelear y ser acometidos  
En cada reventon y en cada puerto,  
Poniendo corazon al que desmaya,  
Hasta que ya salieron á la playa.

Do Garcia de Lerma luego puso  
La mano con dolor en la mejilla,  
Cercado de congojas y confuso  
De ver tan cercenada su cuadrilla,  
Y sin sacar provecho dalles uso  
A bárbaras naciones de vajilla,  
Quedando juntamente por rehenes  
Cama de campo y otros muchos bienes,

A quien se daba poco que se rompa  
Cualquier presea rica y estimada;  
Mas él no comerá con dulce trompa,  
Sino con trampa mas acomodada,  
Y habrá por bueno de dejar la pompa,  
En semejantes guerras escusada;  
Pues el buen capitán aca no usa  
Llevar sino las cosas que no escusa.

Llegados pues los que salieron buenos,  
Con él á Santa Marta se volvieron,  
Pero de cuatrocientos ciento menos,  
Sin otros quince que después murieron,  
No de rabiosos términos ajenos,  
Porque rabiando todos perecieron,  
Y de piernas, molledos y de brazos  
Se caian las carnes á pedazos.

Lerma también constó sacar herida  
De sus armadas piernas la derecha,  
Llevándola tan torpe y entumida  
Que sospechó ser venenosa flecha;  
Mas á la gente vil, descomedida,  
No dejó de ocupar falsa sospecha,  
Diciendo que se dió con un espuela,  
Mas fué maliciosísima novela.

Pues se supo de cierto ser saeta  
O flecha, no con yerba, sino pura,  
Y en ocasión á ella tan subyeta  
A pocos ha cabido tal ventura;  
Gran número de días tuvo dieta,  
Sin que faltase diligente cura,  
Y por ser flecha limpia de veneno  
A los cuarenta días quedó bueno.

Teniendo pues de vida confianza,  
Hizo congregación de sus soldados  
Para comunicales la venganza  
Que desean los hombres lastimados:  
Manifestóles con gentil crianza  
Sus trazas, sus intentos y cuidados;  
Y las palabras del razonamiento  
En substancia son estas que yo cuento:

«Señores, en guerrera competencia,  
Al teórico mas aventajado,  
Si práctica le falta y experiencia,  
Las menos veces es bien atinado,  
Y el uso y ejercicio sin prudencia  
Efecto no promete concertado;  
Mas quien sin estas faltas hace suerte  
Por imposible tengo que no acierte.»

» Yo conozco que traje buenas gentes  
De capitanes y soldados viejos,  
Y en negocios de guerra tan prudentes  
Que de muchos podrían ser espejos;  
Mas acá son las cosas diferentes,  
Y así cumple seguir nuevos consejos:  
Que nuevas reglas, nuevas prevenciones  
Piden también las nuevas ocasiones.

» De presente queríamos enmiendas  
De los pasados daños recibidos,  
Y procurar poner algunas riendas  
A bárbaros tan sueltos y atrevidos;  
Y no será hacer malas haciendas  
Tomar consejos de los mas cortados;  
Pues en los semejantes menesteres  
Mas lumbre tienen viejos pareceres.

» A mí del mismo yerro redarguyo,  
Y el enmienda será la que ya nuestro:  
Seguir á los antiguos hombres, cuyo  
Parecer servirá de buen maestro.  
Para que corriamos con el suyo  
El yerro cometido por el nuestro;  
Mas antes que hagamos movimiento  
Quiero decir también lo que yo siento.

» Del valor de los indios sois testigos,  
Y aun hoy con la victoria mas lozanos;  
A la mira teneis indios amigos  
Cuyos intentos no pueden ser sanos,  
Si no damos calor á los castigos,  
Y vieren que tenemos buenas manos;  
Pues sus deseos son y voluntades  
Gozar de sus antiguas libertades.

» Por tanto, si reciente dolor arde,  
Que de venganzas es buen alcahuete,  
Lo dicho con secreto se reguarde  
Y el buen efecto dello se decreta:  
Pues cuanto lo hiciéremos mas tarde  
Tanto mayor peligro nos promete,  
Y el abreviar en cosa semejante  
Podémoslo tener por importante.

» Bien veo que sus flechas son nocivas,  
Asperísima sierra, y ellos duros;  
Pero no tienen armas defensivas  
Ni pelean detrás de fuertes muros,  
Y en su flaco pajar con llamas vivas  
Los podrían quemar sobre seguros;  
Pues á nación tan vil, crúel y perra,  
A fuego y sangre cumple dalles guerra.

» Esta necesarísima jornada,  
Sin la cual no terneis hora segura,  
Para que vaya bien encaminada  
Tenia por grandísima cordura  
Dalles una terrible trasnochada  
Cuando la noche fuere mas obscura;  
Pues que sabeis que aquella serranía  
Nadie la saltéó por esta vía.

» Para mejor pasar esta carrera  
Y salirnos en salvo con el hecho,  
Ninguno de caballo vaya fuera,  
Pues causara mas daño que provecho:  
Peones han de ser, gente lijera,  
Que salga libre de cualquier estrecho,  
Y han de dar en los indios á tal punto,  
Que el golpe y el tronido llegue junto.

» Según aquello que la tierra muestra,  
Este parece orden conveniente,  
Si por juicio de la gente diestra  
Otro no se hallare mas factible,  
Pues experiencia, prouida maestra,  
Imposibilidad hace posible;  
Y así deseo que mayor prudencia  
Sobre mi parecer dé su sentencia.»

Oída la razón, dijeron todos  
Los que podían autorizar plaza,  
Que para ir por ásperos recodos,  
Que gente de contrarios embaraza,  
Eran los dichos los mejores modos,  
La mas segura y acertada traza;  
Porque yendo callados y secretos  
Se podrían hacer buenos efectos.

Hízose lista pues de los cabales  
Hombres que allí tenía nuestra Hesperia:  
Son doscientos y diez, de cuyos males  
Nos da desdicha larga la materia;  
Y fueron los caudillos principales  
Escobar y Fernando de la Feria,  
Soldados valerosos, principales,  
Pero no para mandos tan cabales.

Al tiempo pues que nubló vespertino  
Encubría los ríos y mendigos,  
Todos ellos se ponen en camino,  
Sin quererse fiar de indios amigos  
Para que no tuviesen adivino  
Ni de su pretensión otros testigos;  
Y los nocturnos nubló apartados,  
En un monte estuvieron emboscados,

Hasta se despedir febea lumbre  
Y volver las tinieblas á su juró,  
Vistiendo como tienen de costumbre  
Todas las cosas de color obscuro;  
Y entonces caminaron á la cumbre  
Por do les parecía mas seguro:  
Subieron asperezas á porfía,  
Pero no por el orden que cumplía.

Porque sin esperar los diligentes  
A los mas tardos y de menos tinós,  
Y sin examinar inconvenientes  
Que de diestras consultas eran dinós,  
Se partieron en partes diferentes  
Como dieron en copia de caminos,  
Puesto que cada cual tuvo creído  
Ir juntos y ninguno dividido.

Pero llegados á las poblaciones  
Do pudieron subir sin ser sentidos,  
Los capitanes sin sus escuadrones  
Confusos se hallaron y perdidos,  
Contando solos veinte y seis peones,  
Del cuerpo de la gente divididos,  
Sin poder atinar por qué ladera  
Caminan los demás de su bandera.

Habían de subir á lo mas alto  
En las obscuras horas del sosiego,  
Antes que dieran el primer asalto,  
Y á los demás venir bajando luego;  
Pero Juan de Escobar, viéndose falto,  
En el pueblo mas bajo puso fuego,  
Porque los divertidos acudiesen  
A do la claridad del fuego viesén.

La viva llama su furor estiendo  
Y por los altos de las casas vuela:  
Caneyes potentísimos enciende,  
Aviva grande viento la candela;  
Salía quien el fuego comprehende,  
No barruntando dolo ni cautela,  
Mas todavía sin haber sospechas,  
En las manos los arcos y las flechas.

A las voces y gritos del despierto  
El que estaba dormido se despierta,  
Y en el salir tenían tal concierto  
Que ningún español los desconcierta:  
Ninguno de los indios quedó muerto  
De cuantos acudían á la puerta,  
Por salir cada cual tan á recado  
Como si fuera sobre muy pensado.

Reverbera la luz por los altores;  
Suenan voces de gentes alteradas;  
Levántanse cercanos moradores,  
Y acuden á las llamas levantadas:  
Claramente se ven los malhechores;  
Resplandecen los yellos y celadas;  
Y así los indios como los cristianos  
Aderezan las armas y las manos.

Los españoles otros, que gran trecho  
Estaban apartados deste puesto,  
Por la lumbre que ven juzgan lo hecho;  
Mas no pudieron acudir tan presto  
Por la gran aspereza del repecho  
Que por delante tienen contrapuesto;  
Pero ya resbalando, ya cayendo,  
La derecha ladera van subiendo.

Los otros que pusieron la candela  
Y no salieron bien con el insulto,  
Cumpliales hacer buena rodela  
Para no dar las flechas en el bulto;  
Y el mas valiente dellos se recela  
Por oír de gaudules gran tumulto,  
Sonando por los altos y peñoles  
Cornetas de marinos caracoles.

Llenos de confusión, llegó la hora  
Cuando mostraba ya por el altura  
Sus dorados cabellos el aurora,  
Cuya lumbre les fué menos segura,  
Pues aunque cumbres de los montes dora,  
Sus corazones viste de tristura,  
Viendo la multitud que los rodea  
Sin poder escusarse de pelea.

Bien como cuando de las dulces venas  
Salen nuevos enjambres en verano,  
Que para no volver á las colmenas  
Ocupan el espacio comarcano:  
Así de indios ven laderas llenas  
Que vienen al ejército cristiano,  
Con tal braveza que de solo vellos  
Se ponen erizados los cabellos.

Llegados al conflicto y al aprieto,  
Cada cual de sus armas se aprovecha,  
Declarando por obras su conceto.  
Pues ponen su salud en su derecha;  
Mas el arma que hace mas efecto  
Es la mortal y venenosa flecha,  
Cuya menor y mas leve herida  
Quita las esperanzas de la vida.

Animan sus soldados los caudillos  
De nuestros fatigados castellanos,  
Cuyo cansancio les ponía grillos,  
Porque los indios sueltos y lozanos  
No solo no se hartan de herillos,  
Mas quiérenlos tomar vivos á manos,  
Con un recuento tan impetuoso  
Que no les daban punto de reposo.

Como toros á quien gente lijera  
Va con agudas puntas enclavando,  
Que como nunca para su carrera,  
Y aquí y allí y allá suenan gritando,  
La lengua con sudor echan de fuera  
Y están con los ijares arqueando:  
Así tienen á nuestros españoles  
Los bárbaros y los ardientes soles.

Como la gente y el que los gobierna  
Andaban mas sin huelgo que con bazo,  
Mataron á Francisco de la Serna,  
Que peleaba con heroico brazo;  
Hirieron á Escobar en una pierna,  
De la cual luego se cortó un pedazo,  
Por librarse con esta diligencia  
De aquella venenosa pestilencia.

Y un indio desde el alto de un cabezo,  
Con una piedra dió golpe tan lleno  
Que del cayó Mateo de Burruezo,  
Soldado conocido por muy bueno;  
Al Escobar pasaron el pescuezo,  
Aunque con flecha limpia de veneno,  
Que si no mal pudieran socorrello,  
Pues no cumplía cercenar el cuello.

Dos veces mal herido tuvo vida,  
Con no poder tener á mano fuego.  
La demás gente desta dividida  
No traía menor desasosiego:  
Con golpe de mortífera herida  
Fernando de la Feria cayó luego;  
Al fin el español ya sin remedio  
Tierra determinó poner en medio.

Visto huir la gente peregrina,  
Sin esperar el sano por el cojo,  
El bárbaro sus pasos encamina,  
No con hervor de flaco ni de flojo,  
Y de la sierra hasta la marina  
El campo con la sangre dejan rojo;  
Pues ya con flecha, ya pechos abiertos,  
Quedaron sobre cien cristianos muertos.

Los bárbaros crúeles y nocivos  
Por escudos y por espadas huellan,  
Con las cuales á todos los cautivos  
Traspasan, hieren, matan y degüellan;  
Y á los cristianos muertos y á los vivos  
Las caras con las barbas les desuellan,  
Que vista cada cual de paja llena,  
Espectáculo fué de harta pena.

Aquellos que libró su lijereza  
A Santa Marta fueron mal parados,  
Mostrando las angustias y tristeza  
Que nacen de sucesos desdichados;  
Y habia de presente tal flaqueza  
Y número tan poco de soldados,  
Que el gobernador tuvo por incierto  
Poderse sustentar en aquel puerto.

Por ser como doscientos castellanos,  
O pocos mas de nuestros peregrinos,  
Y de los naturales comarcanos  
Sobre noventa mil los mas vecinos,  
Que con arcos y flechas en las manos  
Son peores que espíritus malinos;  
Pero con todas estas turbaciones  
Estuvieron quietos los ancones.

No para que jamás les fuesen gratos  
Los rostros de las gentes extranjeras,  
Mas por los vinos caros ó baratos  
Que solían venir á sus riberas,  
Y por rescates otros y contratos  
De herramientas para sementeras;  
Y lo mas cierto es, á lo que siento,  
Quitalles Dios aquel atrevimiento.

Pero la gente nuestra temerosa,  
Aunque velaba como convenia,  
Pues el mas descuidado no reposa  
Y de la lengua noche hace día,  
Pensaba si rugía cualquier cosa,  
Ser multitud de indios que venia,  
Hasta que deshacían sus antojos  
Con claridad y examen de los ojos.

Mas cuando se recela rompimiento,  
Considerando que los indios suelen  
Enalmagrarse con aquel unguento  
De bija que con trementina muelen,  
Los que tienen algún conocimiento  
De lejos los barruntan y los huelen;  
El cual olor también tienen las ramas  
Del árbol bija puestas en las llamas.